

pretexto de que sus abuelos habían fundado algunos establecimientos religiosos daban los obispados y los beneficios, no al mérito y á la virtud, sino casi siempre á los que mas ofrecían por ellos ó á los aduladores de su poder ó de sus vicios, no desaprovechaba ocasion alguna de remediar estos males. Exhortó pues á Guillermo á que defendiese la Iglesia, le recomendó estuviese siempre sumiso á la Santa Sede y cuidase como los suyos propios los bienes ó rentas de San Pedro que se recaudaban en sus Estados. En otra carta del año 1077, relativa á la causa del obispo de Dol que había sido depuesto y que debía ser juzgado de nuevo por sus legados, dice el Papa al rey que no duda de su aquiescencia á lo que ellos decidan, y que el legado Haberto, persona de toda su confianza, le referirá con exactitud lo que por el momento no cree necesario escribir. Pero en ninguna de estas cartas propone San Gregorio al rey, como falsamente se le ha acusado de haberlo propuesto, que preste juramento de fidelidad á la Iglesia romana. Puede haber dado pretexto á esta acusacion un paso imprudente del legado Teuzon, paso desaprobado por el Pontífice en una carta escrita en 1079 á Huberto. Guillermo respondió á San Gregorio que enviaria cuanto antes el dinero de San Pedro, pero que se negaba á prestar el juramento. «Si la colecta, añade, se ha hecho con negligencia por espacio de tres años, ha sido porque entonces me hallaba yo en Francia. Ahora que estoy en mi reino, os envío lo que se ha recogido en virtud de mis órdenes. Lo demás irá muy pronto. En cuanto al juramento de fidelidad, jamás he querido ni quiero hacer todavía lo que no veo haya hecho ninguno de mis predecesores. El Papa que fué el primero en desaprobarnos el paso de Teuzon acerea de este último punto, no dejó de quejarse de que el rey de Inglaterra no permitia á sus obispos que

fuesen á Roma, y en particular de que no había ido Lanfranco en los nueve años que llevaba de arzobispado, por lo cual mandó á este prelado, pena de suspension, que se presentase en aquella capital en el término de cuatro meses. Respondió el arzobispo con modestia y firmeza, que en ningún lugar se apartaria del afecto y respeto que profesaba al Sumo Pontífice, pero que había solicitado en vano el permiso para ponerse en camino. Aunque el Papa no quedó satisfecho, creyó que no convenia insistir en estos objetos delicados con un príncipe del carácter de Guillermo.

San Gregorio estendió su solicitud pastoral hasta á las estremidades del Norte (1). «Estamos tanto mas obligados á cuidar de vos (escribió á Olaf, rey de Noruega), cuanto reinando al extremo del mundo teneis menos facilidad para instruir á vuestros pueblos y afirmarlos en la Religion. Como la diferencia de lenguas aumenta tambien estos obstáculos, os suplicamos que enviéis á la corte apostólica algunos jóvenes nobles de vuestro pais, para que instruidos á fondo en la ley de Dios, puedan llevar y esparcir entre vuestros súbditos la ciencia de la salvacion (1078).» Tambien escribió á Canuto Ericson, rey de Suecia, pidiéndole que enviase á Roma algunos obispos ó algun otro eclesiástico sueco, hombre capaz y que pueda, dice, darnos idea de las costumbres de vuestra nacion, é instruirse en nuestros usos y leyes, para la santificacion de sus compatriotas (1080).

Boleslao, llamado el cruel, había sucedido en Polonia al rey Casimiro su padre, que se casó con la hija del duque de Rusia, obteniendo dispensa para dejar la vida monástica. Despues de la muerte de este príncipe, que había correspondido á las esperanzas de sus súbditos, hizóse generalmente

(1) Lib. 6 Epist. 13.

odioso su hijo por su libertinage y su inhumanidad. Habiéndole reprendido muchas veces en público y en secreto San Estanislao, obispo de Cracovia, creyó por último que debía excomulgarle. Se enfureció Boleslao, y le mató por su propia mano, cuando acababa de celebrar el santo sacrificio de la misa, el día 17 de mayo de 1079. Se refieren muchos milagros que se hicieron en su sepulcro (1), y fué colocado en el número de los santos mártires por Inocencio IV el año 1252.

La iglesia de Armenia ofreció un nuevo campo al celo del Papa San Gregorio. El arzobispo Armenio de Sinnada en Frigia se quejó al Sumo Pontífice por medio de un sacerdote llamado Juan, de que un tal Maquero, arrojado del pais por herege y refugiado en Roma, había pretendido hacer creer en esta ciudad que sus errores eran la doctrina de los armenios. Hizo San Gregorio varias diligencias para prender á aquel calumniador herético; pero quiso tambien asegurarse perfectamente de la fé de los armenios, á cuyo fin exigió que el arzobispo le enviase una esposicion circunstanciada de la creencia y de los ritos de su iglesia, que aceptase formalmente los cuatro primeros concilios generales, y que condenase al heresiarca Dióscoro (1080) (2).

Nicéforo Botoniate ocupaba entonces el trono de Constantinopla. En 1077, esto es, dos años antes, habían tomado la púrpura él y Nicéforo Brienne, sostenidos por facciones contrarias; pero Botoniate, auxiliado de los turcos, marchó rápidamente hacia la capital del imperio, obligó á sus habitantes á que le abriesen las puertas, é hizo su entrada en ella á 25 de marzo de 1078. El día 3 de abril siguiente fué coronado por el patriarca Cosme. Miguel Para-

pináceo, que había incurrido en el desprecio público por ocuparse únicamente en diversiones y en tráficos sórdidos, huyó con su familia al palacio de Blanquernas, donde enviaron á buscarle con un mal caballo para llevarle á que tomase el hábito en el convento de Estudio, de donde le sacaron despues para hacerle arzobispo de Éfeso. Derrotado Brienne por Alejo Comneno, general de Botoniate, fué llevado á Constantinopla, donde le sacaron los ojos. Tuvo un hijo de su mismo nombre, el cual escribió despues la historia griega de su tiempo. Nicéforo Botoniate era de una edad muy avanzada, y naturalmente afeminado. Habiéndose puesto en manos de dos esclavos que le indispusieron con Alejo, vistió este la púrpura en el mes de marzo de 1081, y fué coronado el primer día del siguiente abril. Botoniate se retiró á un monasterio donde tomó el hábito y murió poco despues.

El imperio de Occidente no estaba menos agitado que el de Oriente. San Gregorio VII que tenia que combatir incesantemente la simonia y concubinato de los ministros de la Iglesia, habiéndoselas con príncipes impíos, protectores de los simoniacos y de los concubinarios, y especialmente con un hombre de quien el mismo Voltaire ha dicho que «los emperadores nombraban para los obispados y Enrique IV los vendia;» San Gregorio VII, decimos, procuraba estirpar los abusos usando del derecho que la jurisprudencia de aquella época le atribuía; es decir, que Gefe de la sociedad cristiana, se servia de todo el poder de que estaba revestido para obligar á los reyes, católicos entonces como sus pueblos, á observar las reglas de esta sociedad. Ahora bien: el ejercicio de su poder consistia en castigarlos con penas espirituales, tales como la espulsion de la Iglesia, porque toda sociedad tiene necesariamente potestad para alejar de su gremio á los que la

(1) Bolland. 7, die Maji, t. 12, p. 198.

(2) Greg. 4, 8, ep. 1.

turban; y como la union con la Iglesia, union que quedaba rota por la excomunion, era en el derecho de aquel siglo una condicion para tener dignidad Real, seguíase de ahí que el príncipe, separado así de la comunión de los fieles y vuelto á la condicion de los paganos, veía por este nuevo hecho desobligados á sus súbditos del juramento de fidelidad que solo se le habian prestado en cuanto profesara el cristianismo y protegiera á la Iglesia. Soberano en lo espiritual y en lo temporal, en cuanto, dice Feller, lo temporal pudiera perjudicar ó favorecer á lo espiritual, San Gregorio acreditaba en todas partes con sus cartas los principios que servian de regla á su conducta, fundándose en la dignidad del poder eclesiástico. «¿Quién hay, dice (1), por poco instruido que sea, que no prefiera el sacerdocio al trono? Y si los reyes, por sus pecados, pueden ser juzgados por los sacerdotes, ¿por quién deberán ser juzgados con mas justicia que por el romano Pontífice?» Llega hasta decir que los buenos cristianos, de cualquier clase que sean, siendo miembros de Jesucristo, merecen mejor ser reputados reyes, que los malos príncipes que son esclavos de Satanás. De aquí lo único que se sigue es que á los malos no se les debe reconocer por buenos príncipes; proposicion que es igualmente verdadera tratándose de los preladados de la Iglesia; mas esto no impide se obedezca á los unos y á los otros en todo lo que Dios y su Iglesia no hayan prohibido. Haciendo despues San Gregorio la aplicacion de estas máximas, añade que hay pocos santos y muchos pecadores entre los reyes, y que estos hacen muchos pecados y poca penitencia, en vez de que la Santa Sede hace Santos á los que la ocupan; pero al expresarse así no habla San Gregorio sino de los Pontífices elegidos y ordenados canónica-

mente, diciendo de estos que se hacen mejores por los méritos de San Pedro y que, si desde luego carecieran de méritos propios, son sostenidos por los de su santo predecesor; de lo cual no se infiere que no puedan pecar. Por otra parte, en esta carta, que está dirigida á Heriman de Metz, siempre habla el Papa de los ministros santos de la Iglesia y de los reyes ó príncipes malos. Cuando se trata de personas, nunca se pone de otro modo la comparacion.

Mientras San Gregorio trabajaba así en defender la Iglesia contra la corrupcion de sus propios miembros y contra la ambicion y codicia de sus pretendidos protectores, el rey Enrique apelaba á medios decisivos. En el año 1081, á principios del mes de marzo, pasó los montes con un ejército, y el 22 de mayo, vispera de Pentecostés, se presentó delante de Roma acompañado del antipapa Guiberto. Los romanos le cerraron las puertas, y las defendieron con mano armada. Por otra parte no cesó de inquietarle la condesa Matilde, y le trastornó muchos de sus planes con motivo de las plazas conquistables que tenia en muchos parages. Por esta razon, y quizá mas principalmente por los movimientos que se suscitaron en Alemania, se vió precisado el rey á retirarse sin haber hecho nada (1).

A 9 de agosto siguiente los sajones y los demas alemanes sublevados contra Enrique tuvieron una dieta, y eligieron por rey á Herman de Luxemburgo, que fué coronado en Goslar á 26 de diciembre del año siguiente (1082) por el arzobispo de Maguncia (2). No habiendo podido Enrique evitar este golpe, volvió á entrar furioso en Italia, tuvo sitiada ó bloqueada la ciudad de Roma durante la primavera y casi todo el verano, y aun intentó poner fuego á San

(1) *Act. Greg. VII. ap. Boll., c. 3.*

(2) *Berthold. ann. 1081.*

Pedro para sorprender á la ciudad mientras los romanos se ocupasen en apagar el incendio; pero San Gregorio, marchando el primero á apagar el fuego, detuvo el que un traidor habia prendido ya en las casas contiguas. Por último, los calores que eran estremados obligaron á Enrique á abandonar su empresa. Se habia esparcido además la voz de que el rey Herman iba á llevar socorro al Papa, y en efecto llegó con este designio hasta Suavia. Volvió, pues, Enrique á Lombardia, dejando guarnicion en algunos castillos de los mas internados, bajo las órdenes del antipapa, el cual le facilitaba de este modo la libre entrada en las cercanías de Roma, é hizo grandes estragos en todo el país. Entretanto habiéndose restituido Herman á Sajonia, por exigirle así las circunstancias, renovó Enrique las hostilidades y se halló bajo los muros de Roma en la primavera del año siguiente 1083. Pero como estas violencias no producian otro efecto que el de aumentar el valor de los romanos, tampoco adelantó nada en esta expedicion. De cuatrocientos hombres que habia dejado en un castillo cerca de San Pedro, solo treinta sobrevivieron á una enfermedad que los habitantes miraron como un castigo del Santo Apóstol.

Disimulando entonces su furor, recurrió á sus artificios ordinarios, y procuró atraer á su partido al santo abad de Cluny, que se hallaba entonces en Italia con otros muchos santos personages, diciendo que queria recibir la corona imperial de mano del Papa San Gregorio, y dando muestras de arrepentimiento por su conducta pasada. Se entabló una negociacion, y se convino en celebrar un concilio que efectivamente se celebró del 20 al 23 de noviembre de 1083. Pero Enrique no se presentó en él, y aunque habia prometido con juramento proteger á los que á él fueran, hizo pren-

der en el camino á los diputados de Alemania y á muchos obispos, especialmente á los que tenia por adictos al Papa, tales como Hugo de Lyon, Anselmo de Luca y Renaldo de Como. En esta asamblea, á quien su discurso conmovió hasta prorrumpir en llanto, San Gregorio VII, sin renovar la excomunion contra Enrique, la fulminó contra los que habian impedido á los preladados asistir al Concilio. Entretanto, el rey corrompia con regalos y con amenazas á los diferentes órdenes del pueblo, cansados todos en estremo de un sitio que duraba casi sin interrupcion tres años habia.

En este tiempo, viéndose el emperador Alejo Comneno fuertemente estrechado en Grecia por los ejércitos de Roberto Guiscardo, escribió al rey Enrique, pidiéndole que le llamase la atencion por otra parte, y le envió ciento cuarenta y cuatro mil sueldos de oro, con cien piezas de escarlata. Enrique se sirvió de estas riquezas para corromper enteramente al pueblo de Roma, el cual le abrió por último las puertas y el palacio de Letran, donde entró á 25 de marzo con el antipapa Guiberto, á quien hizo le entronizasen el dia siguiente, y en el de Pascua, 31 del mismo mes, recibió la corona imperial de mano de su Papa. Así un falso Papa estableció un falso emperador. Inmediatamente pasó Enrique á sitiar á San Gregorio que se habia retirado al castillo de Sant-Angelo; pero le fueron tan fieles la mayor parte de los nobles romanos que no permitian á Enrique ni á Guiberto ir á la Iglesia del Principe de los Apóstoles, y aun habia en medio de Roma varias fortalezas que estaban por San Gregorio.

No podia este menos de ceder si no recibia algun auxilio extraordinario. Dos años hacia que no cesaba de instar á Roberto Guiscardo, ocupado en pelear contra los griegos, para que fuese á libertarle (1). Sen-

(1) *Gaufr. de Malater. lib. 3, cap. 35.*

fia el valeroso normando dejar unos enemigos que le proporcionaban grandes conquistas; pero sabiendo el apuro á que se hallaba reducido el Papa, y cumpliendo con fidelidad las obligaciones que habia contraído de mirarle como á su señor y de portarse siempre como un hijo afectuoso para con la Iglesia romana, dejó á su hijo Boemundo con una parte de su ejército para continuar la guerra de Grecia, y pasó á Italia con el resto de sus tropas. Estaba personalmente irritado por la amistad del emperador Enrique con Alejo, y por la imprudencia de los lombardos que indiscretamente se habian jactado de que arrojarían de Italia á los normandos luego que hubiesen acabado con el partido del Papa San Gregorio. Apenas desembarcó en Otranto el duque Roberto se dirigió á Roma, á donde llegó á principios del mes de mayo del año 1084 (1).

Enrique, que no se hallaba en estado de resistirle, se habia retirado ya hácia la Lombardia, desde donde quiso que experimentase los efectos de su despecho la condesa Matilde, sin ninguna consideración á los vínculos de la sangre, los cuales parecía que le inspiraban un odio mas implacable; pero habiendo ocurrido nuevas turbulencias en Alemania, se vió obligado á pasar á aquel pais sin pérdida de tiempo. Estando los lombardos en guerra con la animosa Matilde, no tuvo Roberto mas enemigos que los romanos sublevados contra el Papa; y aunque le opusieron resistencia los venció sin gran dificultad, sirviendo solo aquella para que Roberto permitiese á su tropa el saqueo para castigar á los romanos por su traición. Al momento sacó al Papa del castillo de Sant-Angelo, le restableció en el palacio de Letran, y despues, habiendo salido de Roma, redujo en poco tiempo á la obediencia de

(1) Berthold. ann. 1084.

San Gregorio gran número de castillos y ciudades.

No fueron mas felices los cismáticos en Toscana ni en Lombardia. Al principio hicieron una invasion tan repentina en los Estados de Matilde, que sorprendidos sus vasallos apenas pudieron reunir alguna gente. San Anselmo, obispo de Luca y director de la princesa, suplió la escasez de tropa con el valor que supo inspirarla (1). Tenia tan gran reputacion de sabiduría y de santidad, que se creia no poder errar ni dejar de recibirse las bendiciones del cielo en las cosas que se emprendian por consejo suyo. En realidad tenia tal delicadeza de conciencia que por haber recibido del príncipe, aunque con la aprobación del Papa, la investidura de su obispado, fué á Cluny á abrazar la vida monástica, conservando toda su vida el hábito de monge, y no volvió á ejercer las funciones episcopales hasta que se lo mandó espresamente el Papa San Gregorio. Fué tal su desinterés que teniendo el mayor influjo con su soberana vivió siempre pobre él y los suyos. Desechaba con indignacion los regalos, á veces de mucha consideracion, que se le ofrecian con el objeto de conseguir mercedes de la princesa. «Si es injusto lo que piden, decia, seré yo cómplice de su injusticia; y si es justo, seria un robo obligarlos á comprar lo que les es debido.»

Envió su penitenciario á los combatientes para darles su bendicion, para absolverlos particularmente de las censuras en que pudiesen haber incurrido, y para instruirlos de qué modo y con qué intencion debian pelear, á fin de que sus trabajos y peligros sirviesen para la expiacion de sus pecados. Dieron la batalla con tanto denuedo que á la primera acometida volvieron la espalda

(1) Vit. S. Anselmi, saec. VI Bened. part. 1. pag. 471.

los cismáticos. Hicieron prisioneros á muchos señores y á un sin número de soldados, y cogieron una cantidad prodigiosa de caballos, armas y bagages; pero lo mas asombroso y que se miró como un efecto visible de la proteccion del cielo fué que no podian contarse los cismáticos que habian quedado muertos en el campo de batalla, y que entre todos los católicos no hubo mas que tres hombres muertos y pocos mas heridos. Esta victoria abatió considerablemente el partido opuesto al Papa San Gregorio, y redujo á su obediencia una multitud infinita de penitentes. Para reconciliarlos y suplir en todo lo demas la falta de obispos católicos, que eran muy raros en Lombardia, fué instituido Anselmo legado de la Santa Sede en toda esta provincia.

Como habia aun mucha fermentacion en Roma y no podia detenerse allí Roberto Guiscardo, aconsejó al Papa que se retirase á Monte-Casino, donde estaria con mas quietud y seguridad. Siguió San Gregorio este consejo, y pasó despues de algun tiempo á Salerno, donde se hallaba en la primavera del año 1085, cuando fué acometido de una enfermedad que desde luego tuvo por incurable. Los obispos y los cardenales que estaban á su lado le suplicaron que designase un sucesor capaz de defender á la Iglesia en el estado de desolacion en que se hallaba; y él les respondió que la eleccion no podria menos de ser acertada siempre que recayese en el cardenal Didier, abad de Monte-Casino, el cual le sucedió efectivamente, ó en Othon, legado y obispo de Ostia, que fué tambien Papa con el nombre de Urbano II; ó bien en el legado Hugo, arzobispo de Lyon. Como Othon estaba en su legacion de Alemania, y Hugo en las Galias, aconsejó principalmente San Gregorio que se eligiese á Didier, el cual habia ido á ver al Papa luego que tuvo noticia de su enfermedad, con ánimo de asistirle en la hora de la

muerte; pero el Santo le predijo que no se hallaria presente cuando esta ocurriese. Y efectivamente sucedió asi, pues el abad tuvo que dejarle muy luego para ir á socorrer su monasterio que se vió atacado por algunos normandos.

Entretanto, dice el cismático Sigeberto (1), como en vista de los principios y de los procedimientos asombrosos de San Gregorio VII habia algunas inquietudes, que no se le pudieron ocultar, acerca de su conciencia y del destino próximo de su alma, levantó los ojos al cielo y dijo: *subiré á él y no cesaré de encomendaros á Dios.* Procuraron sostenerle en esta esperanza con la memoria de lo que habia hecho y padecido por la Iglesia. «Hermanos míos, replicó, de lo que menos caso hago es de mis trabajos. El único motivo de mi confianza consiste en que he amado la justicia y aborrecido la iniquidad.» Le preguntaron tambien si antes de comparecer en el tribunal del Juez Supremo queria usar de indulgencia con aquellos á quienes habia anatematizado, á lo que respondió: «excepto Enrique, Guiberto y sus principales fautores, doy la absolucion y mi bendicion á todos los que creen sin vacilar que tengo especialmente esta potestad como vicario de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. De parte de Dios, añadió, y por la autoridad de los SS. Apóstoles, os prohibo reconocer por Papa á ninguno que no haya sido elegido canónicamente.» Entró despues en una dulceagonia, y habiendo repetido: *he amado la justicia y aborrecido la iniquidad, por esto muero en el destierro*, espiró el domingo 25 de mayo del dicho año.

La Vida de este gran Papa fué escrita unos cincuenta años despues de su muerte por Pablo Benriemens, canónigo de Baviera, y en ella refiere muchos milagros que

(1) Sig. ann. 1085.